

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

HÁMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MAC-PHERSON

TOMO LXXVIII

MADRID:

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de Legacitos, 18, 2.º

1882

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Elsinor. Explanada ante el Castillo.

FRANCISCO de continela.—Entra BERNARDO
dirigiéndose á él.

BERNARDO.

¿Quién vive?

FRANCISCO.

¿Quién sois? ¡Oiga! ¡responded vos! ¡Altos!

BERNARDO.

¡Que viva el Rey!

FRANCISCO.

¿Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Con gran puntualidad á tu hora llegas.

BERNARDO.

A descansar, Francisco. Son las doce.

FRANCISCO.

Gracias por el relevo: hiela el aire
Y mal me siento.

BERNARDO.

¿Fue tranquila guardia?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido.

BERNARDO.

Buenas noches.
Si te encuentras á Horacio y á Marcelo,
Rivales de mi guardia, dales prisa.

FRANCISCO.

Oírlos me parece. ¡Alto! ¿Quién vive?
(*Entran Horacio y Marcelo.*)

HORACIO.

Son de esta tierra amigos.

MARCELO.

Y secvaces
Del rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

Que guarde Dios á un militar honrado.
¿Y quién te relevó?

FRANCISCO.

Bernardo ocupa
Mi puesto. Que tengais felices noches. (*Váse.*)

MARCELO.

Hola, Bernardo!

BERNARDO.

Dime, ¿Horacio es ese?

HORACIO.

Un trozo de él. (*Dándole la mano.*)

BERNARDO.

Horacio, Dios te guarde,
Dios te guarde, Marcelo.

MARCELO.

Y esa cosa,
¿Se apareció esta noche?

BERNARDO.

Nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es ensueño nuestro,
Y así creer en la vision horrenda
No quiere que hemos visto ya dos veces.
Le he suplicado, pues, que con nosotros
Cuenta aqui los minutos de la noche,
Y que confirme si la sombra vuelve,
Lo que vimos nosotros y le hable.

HORACIO.

¡Callad, callad, qué ha de venir!

BERNARDO.

Descansa

Aquí tú, y otra vez de tus oídos,
Asedic las trincheras el relato
De lo visto dos noches.

HORACIO.

Que me place:

Nos sentaremos, y Bernardo diga. *(Se sientan.)*

BERNARDO.

La última noche, cuando aquel lucero
Al poniente del polo hacía esa parte
Del cielo descendió donde ahora brilla,
Marcelo y yo, dando el reloj la una...
(Entra la sombra.)

MARCELO.

¡Silencio, calla: mira, allí aparece!

BERNARDO.

De igual aspecto; cual el rey difunto.

MARCELO.

Pues que docto eres tú, háblale Horacio.

BERNARDO.

¿No se parece al Rey? miralo, Horacio.

HORACIO.

Si que es igual: me espanta y me horroriza.

BERNARDO.

Desee que le hablen.

MARCELO.

Hazlo, Horacio.

HORACIO.

¿Quién a la noche su quietud usurpa,
Y la belleza y el guerrero porte
De quien fue majestad en Dinamarca?
¡Respondel Por el cielo te conjuro...

MARCELO.

Se ha ofendido.

BERNARDO.

¡Espacio se retira.

HORACIO.

¡Páratel ¡habla! ¡habla! ¡Por Dios, habla!
(Vase la sombra.)

MARCELO.

Se fué sin dar respuesta.

BERNARDO.

Con que Horacio,
¿Tiemblas y palideres? Di, ¿no juzgas
Que hay algo más que una ilusión en esto?

HORACIO.

Ante Dios te aseguro, que no hubiera,
Sin el fiel testimonio de mis ojos,
Creído cosa tal.

MARCELO.

¿No se parece
De modo extraño al Rey?

HORACIO.

 Cual tú á tí mismo.
Tal era la armadura que llevaba
Cuando luchó con el audaz Noruego;
Tal el ceño frunció cuando irritado
Arrolló en sus trineos aquel día
Sobre el hielo al Polaco. ¡Extraño lance!

MARCELO.

Ya nuestro puesto así cruzó dos veces
Con marcial continente en esta hora.

HORACIO.

No acierto á comprender tan gran misterio,
Pero, según mi corto juicio, augura
Inesperados males á la patria.

MARCELO.

Pues á sentarse, y dígame quien sepa,
¿Por qué á los hijos de esta tierra obligan
A estas nocturnas é incansables guardias;
Por qué razón fundiendo están cañones
De bronce cada día; por qué compran
Tantas armas de guerra al extranjero;
Por qué á los carpinteros de libera
Atarcan de modo que no pueden
Holgarse los domingos; qué ocasiona
Esta prisa febril que hace á la noche
La compañía de labor del día?
¿Quién me puede informar?

HORACIO.

 Tal vez yo pueda.
Esto al menos se dice. El rey difunto,
Cuya imagen há poco aquí hemos visto,
Fue, como todos ya sabéis, rotado
Por Fortinbrás, rey de Noruega, á impulso
De alta emulación. El valeroso
Hámlét, que tal estimación tenía
En el mundo á nosotros conocido,
A Fortinbrás mató. Pacto sellado,

Legal y al uso heráldico conforme,
Estipulaba que, al perder la vida,
Sus tierras luego al vencedor pasaran;
Y en cambio equivalente territorio
Nuestro rey obligó, que hubiera sido
Del viejo Fortinbrás, á haber triunfado;
Del propio modo que por tal convenio
Vino el rey Hámlét á heredar las suyas.
Ahora, señores, Fortinbrás el joven,
De áspero temple y de carácter vano,
En los límites mismos de Noruega
Huronea las gentes mas perdidas
Dispuestas á la gula ó al ayuno,
Con tal que osada empresa les propongan;
Y no es otra, según ha colegido
Nuestro gobierno al fin, que á mano airada
Venir á recobrar aquellas tierras,
Que de manosa tal perdió su padre.
Esta la causa es de los aprestos,
La razón de estas guardias, y el motivo
Principal de este afán y estos trabajos.

BERNARDO.

Ni pienso yo que más motivo exista:
Y cuada bien que esa ominosa imagen
Armada se aparezca á nuestros ojos,
Tan idéntica al rey que ha suscitado
Y que aún suscita semejantes guerras.

HORACIO.

¡Arista leve es esa que perturba
Nuestra vision mental! En la gloriosa
Prosperidad de Roma, poco antes
Que el poderoso Julio sucumbiera,
Envueltos en sudarios los difuntos
Desocupan sus tumbas, dando voces
Y alaridos de Roma por las calles.
Se ven estrellas de encendidas colas,
Llueven sangre, se turba el sol, y el astro
Que influye en las dominios de Neptuno,
Se eclipsa presagando eterno juicio;
Pues estos precursores de desgracias,
Feroces nuncios de nefasta suerte,
Y prólogo del mal que nos espera,
Ya la tierra y el cielo evidenciaron
Al país, á nosotros.... Mas, silencio!

¡Mirad, mirad, dónde aparece ahora
(Aparece otra vez la sombra.)
 A su encuentro he de ir aunque me hechice.
 Vision, detente si la voz te anima.
 Háblame tú:
 Si alguna buena acción hacerse puede,
 Que á ti te dé descanso y que me honre,
 Háblame tú: *(Canta el gallo.)*
 Si amenaza algún mal á nuestra patria
 Que feliz prevision tal vez evite,
 ¡Oh, háblame!
 O si acaso escondiste bajo tierra
 Riquezas adquiridas con usura,
 Por lo cual á menudo, según dicen,
 Vagáis las sombras, dílo ya. ¡Detente!
 ¡Respóndeme!—Marcelo, haz que se pare.

MARCELO.

¿Le doy con mi alabarda?

HORACIO.

Dáale luégo,

Si no se para.

BERNARDO.

¡Aquí!

HORACIO.

Por aquí. *(Váse la sombra.)*

MARCELO.

Fúese.

Hacemos mal en oponer violencias
 A tanta majestad que invulnerable
 Es como el aire: nuestros vanos golpes
 Son burla vil.

BERNARDO.

A hablar se disponia
 Al punto mismo de cantar el gallo.

HORACIO.

Y huyó, sobrecogido, cual culpable
 A intimación tremenda. Según dicen,
 El gallo, que clarín es de la aurora,
 Con su orgulloso y penetrante canto
 Despierta al Dios del día; y á su aviso,
 Mállense en tierra, en mar, en aire ó fuego,
 Los fantasmas errantes, presurosos
 Huyen á sus confines: y una prueba
 Vemos de esa verdad en este lance.

MARCELO.

Desapareció con el cantar del gallo.
 Algunos dicen que al llegar el tiempo
 En el cual se celebra el natalicio
 Del Salvador, el ave matutina
 Canta toda la noche, cuando dicen
 Que no se atreven á vagar fantasmas,
 Que son sanas las noches, y los astros
 No nos dañan, ni encanta la hechicera,
 Ni las brujas nos causan maleficios.
 ¡Tan santa es esa época y bendita!

HORACIO.

Tal he oído también, y algo abrá en ello.
 Pero mirad: la aurora en rojo manto,
 De la alta cumbre que al oriente yace
 Huehta el rocío: terminó la guardia:
 Y es mi opinion que al jóven blámet luego
 Narremos los prodigios de esta noche;
 Pues por mi vida creo que esa sombra,
 Muda para nosotros, ha de hablarle.
 Si consentís, lo haremos como cumple
 Al deber y al cariño.

MARCELO.

Yo os lo ruego;
 Y sé cuando podemos hoy temprano
 Hablar con él en oportuno sitio.

ESCENA II.

Estrado en el Castillo.

Entran el REY, la REINA, HÁMLET, POLONIO
LAERTES, VOLTIMAND, CORNELIO, SENORES
y acompañamiento.

REY.

Aunque de nuestro amado hermano Hámlet
Fresca está la memoria, y nos cumplía
Sumirnos en la pena y al país todo
No destrugar de su dolor el ceño;
En lucha la razón y la natura,
Con discreto penar lo recordamos
Sin olvidar por eso lo que somos.
Así, pues, á quien era nuestra hermana
Y hoy nuestra reina es, compartidora
Imperial de este reino belicoso,
Con júbilo enturbiado, con sonrisas
Y lágrimas, con gozo luterario
Y epitelamios funebres, haciendo
Los duelos equilibrio á la alegría,
Por esposa escogimos; sin violencia
A vuestro mejor juicio, pues gustosos
Aprobais esta union. Os doy las gracias.
Ahora sabed, que Fortinbrás el joven,
Teniéndonos en poco, ó bien creyendo
Que, pues murió nuestro querido hermano,
Desquiciado está el reino y desunido,
Fiado en la ilusion de sus ventajns,
Con mensajes sin fin nos atosiga,
Requiriendo la entrega de esas tierras
Que, por pacto legal, perdió su padre,
Y que ganó nuestro valiente hermano.
Mas basta de él. Fijémonos ahora
En nosotros no más y en el objeto
De esta reunion. Escrito aquí reclamo
Del monarca Noruego, angusto tío
De Fortinbrás y que impedido vive
En su lecho, ignorando las empresas
Que intenta su sobrino, que le impida
Sus planes proseguir; pues los aprestos,

Los enganches y levás, se efectúan
Entre sus propios súbditos: y ahora,
Tú, Voltimand, y tú, noble Cornelio,
Esta misión llevad á aquel anciano;
Mas el poder de que os revisto alcanza
Sólo á estos puntos y al tenor del texto.
A Dios, y el cielo la icaltad compruebe.

CORNELIO Y VOLTIMAND.

La vereis, como en todo, en este asunto.

REY.

No lo puedo dudar: id en buen hora.
(Váuse Voltimand y Cornelio.)
Y tú, Laertes, cuéntanos tus nuevas.
¿Me hablastes de merced? ¿De cual, Laertes
Al Rey no puedes dirigir razones
Jamás, en vano. ¿Qué querrás, Laertes.
Que no sea mi don, no tu demanda?
Porque no es el cerebro más propicio
Al corazón, la mano á nuestra boca,
Que el trono de este reino es á tu padre.
¿I, ¿qué quieres, Laertes?

LAERTES.

Soberano,
Con vuestra venia retornar á Francia,
De donde alegre á Dinamarca vine,
Mostrando mi lealtad, á vuestra jura;
Mas ya, cumplido ese deber, confieso
Que mis ideas todas se encaminan
Y todos mis deseos hacia Francia;
Y humildemente, pues, perdon os pido
Y vuestra venia.

REY.

Polonio, d. ¿La otorgó tu padre?

POLONIO.

Señor, contra mi gusto
Se la vine á otorgar: á su importuna
Petición accedí poniendo el sello

A su capricho, mi permiso tardo.
Os ruego, pues, le concedais licencia.

REY.

En horabuena; véte, pues; Llévate:
Haz de tu tiempo el uso que te cuadre.
Pero, y ¿mi deudo Hámlet? y mi hijo?

HÁMLET.

Un poco más que deudo y deudo en nada.
(Aparte.)

REY.

¿Por qué te cercan nubes todavía?

HÁMLET.

No tal, señor, bastante al sol me pongo.

REINA.

Quer do Hámlet, abandona el luto;
Tu vista amiga tiende á Dinamarca.
No con velados ojos en el polvo
Busques á tu buen padre: bien conoces
Que es natural, que cuanto vive muere,
Y, hasta alcanzar la eternidad, la vida
Tránsito es.

HÁMLET.

¡Es natural, señorial

REINA.

¡Por qué, en tí, pues, se ostenta cual si fuese
Un hecho extraordinario?

HÁMLET.

¡Que se ostental
Señora, lo es: no sé de ostentaciones:
Que ni mi oscuro manto, madre mia,

Ni el vestido usual de negro luto,
Ni el comprimido aliento del suspiro
No, ni el constante llanto de los ojos,
Ni del semblante el abatido aspecto,
Ni todas las señales, ó expresiones,
O formas de dolor seran bastantes
Para mostrar jamás la pena mia.
Esto se ostenta, sí, que actos son todos
Que se pueden fingir: pero se oculta
En mi íntimo sér lo que no es dable
Manifestar. Es lo que veis el manto
Y no más que atavíos del quebranto.

REY.

Es Hámlet natural en tu ternura
Que flores á tu padre, como es justo,
Mas, sabe, que tu padre perdió un padre,
Y éste el suyo perdió: quien sobrevive,
Debe cual hijo demostrar su duelo
Por tiempo limitado; mas constante
Hollar la senda del dolor conduce
A indómita impiedad; es pena indigna
De ánimo varonil; á los decretos
Del cielo terca oposicion supone;
Endeble corazón; alma impaciente;
Inteligencia pobre y mal guiada.
¡Por qué, por qué lo que ha de ser y ocurre
Como lo más comun á los sentidos,
En nuestra fútil resistencia vamos
A tomar tan á pecho? Reflexiona
Que esto es faltar al cielo, á los difuntos,
A la naturaleza, y es opuesto
A la razon; cuyo constante tema
Es la muerte de padres, y ha exclamado
Desde el primer difunto hasta el de hoy mismo:
«Así ha de ser.» Enjuga, pues, el llanto:
Yo te lo ruego, y mirame cual padre.
Porque sépalo el mundo, de mi trono
Eres, Hámlet, el próximo heredero,
Y padre alguno puede amar á un hijo
Con más desinterés que yo te amo.
Respecto de ese intento de volverle
Al colegio de Witenberg, te anuncio
Que opuesto es á mis deseos todos:
Y te aconsejo y ruego permanezcas
Aquí, donde al calor de mis favores
Y del cariño mio, serás siempre
Mi primer cortesano, deudo é hijo.

REINA.

No desoigas los ruegos de una madre;
Quédate aquí, y á Wittenberg no vuelvas.

HÁMLET.

Me quedaré, señora: os obedezco.

REY.

¡Dulce y grata respuesta! Cual nosotros
En Dinamarca estós. Venid, señora:
Esta espontánea decision de Hámllet,
Me alega el corazon, y en gracia de ella
Hoy al alzarse el vaso en Dinamarca
Para el festivo brindis, que lo anuncie
Hasta las nubes el cañon potente,
Y el cielo escuche en el terrestre trueno
El júbilo real. Venid conmigo.
(Váanse todos menos Hámllet.)

HÁMLET.

¡Oh! que esta carne densa en demasía
Pudiera derretirse, disolverse,
Convertirse en vapor! ¡O que el Eterno
Su ley contra el suicidio no fijara!
¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Cuán vanas y marchitas
Insipidas, é inútiles, se ostentan
A mi vista las prácticas del mundo!
¡Cuánta miseria! ¡Es huerto sin cultivo
Y agostado! ¡Lo fétido y grosero
Impera en él!—¡Quién tal creyera nunca!
Muerto dos meses há—ni aun dos siquiera—
Tan buen Rey que con este Rey contrasta,
Cual á un sátiro Apolo; tan amante
De mi madre, que al viento de los cielos
Ni acariciar su rostro consentia.
¡Oh cielos! ¡Y es forzoso que recuerde?
Ella misma á su cuello se abrazaba,
Su ansia de amor creciendo con el pasto
Que lo nutria: y, sin embargo, apenas
Pasado un mes—¡Allognos pensamientos!
¡Fragilidad, el nombre que te cuadra
Es mujer!—¡En un mes escasmamente
Antes quizá que desecó el caizado
Con el cual caminé tras el cadáver
Del pobre padre mio, cual Niobe,

En lágrimas desecha—ella sí, ella—
¡Oh cielos! ¡una fiera, que carcece
Del don de la razon más largo tiempo
Se condoliera! uniose con mi tío,
Hermano de mi padre, de mi padre
Cual de Hércules yo propio diferente.
¡Dentro de un mes! Con párpados aún rojos
Por la aspereza de su llanto inicuo
De nuevo, desposada se veia.
¡Oh! infame—¡geraza, así lanzarse
Con prisa tal á lecho incestuosol
Ni esto es bueno, ni al bien va encaminado.
Pero entre tanto, corazon, estalla,
Que me es forzoso refrenar la lengua.
(Entran Horacio, Marcelo y Bernardo.)

HORACIO.

¡Salud á vuestra alteza!

HÁMLET.

Verte bueno
Me alegra, ¿Horacio? ó ya ni me conozco.

HORACIO.

Señor, el mismo servidor constante.

HÁMLET.

¿Señor? ¡Amigol porque tal palabra
He de cambiar contigo. ¿Por qué, Horacio,
Abandonas á Wittenberg? ¡Marcelol

MARCELO.

¡Mi querido señor!

HÁMLET.

Celebro verte:
Buenos días. Mas, dime, ¿por qué causa
Dejas á Wittenberg?

HORACIO.

Animo errante,

Mi buen señor.

HÁMLET.

De fijo no diría
Tu enemigo otro tanto, ni tú mismo
Harás que mis oídos acrediten
Lo que cuentas de él: jamás vagaste.
Pero dime, ¿á Elsinor qué te conduce?
Te enseñaremos á empujar la copa.

HORACIO.

Al funeral de vuestro padre vine.

HÁMLET.

Compañero, dejémonos de burlas:
Viniste á ver las bodas de mi madre.

HORACIO.

Verdad, señor, que se siguieron cerca.

HÁMLET.

¡Economía, economía, Horacio!
Fiambres las viandas del entierro,
Para el festín sirvieron de las bodas.
Más quisiera en el cielo cara á cara
Hallar á mi enemigo mas odiado,
Que ver, Horacio, semejante á mi
Padre mio, (parece que lo ve)

HORACIO.

¿Dónde, señor?

HÁMLET.

Aquí en mi mente, Horacio.

HORACIO.

Lo vi una vez tan sólo. ¡Gran rey era!

HÁMLET.

Hombre en todo y por todo: tal lo juzgo:
Jamás veré quien á igualarlo llegué.

HORACIO.

Creo, señor, haberlo visto anoche.

HÁMLET.

¿Qué viste? ¿A quién?

HORACIO.

Señor, á vuestro padre:
Al Rey.

HÁMLET.

¡Al Rey mi padre!

HORACIO.

Contened un momento vuestro asombro
Y escuchad el milagro que atestiguan
Estos señores.

HÁMLET.

Si, por Dios lo pido.

HORACIO.

Ya Marcelo y Bernardo, estos señores,
Hallándose de guardia, por dos veces
En el silencio de la media noche
Esto vieron. De pie á cabeza armada,
Igual á vuestro padre, una figura
Se les apareció, que junto á ellos
Majestuosamente deslizóse
Con marcial dignidad: ante sus ojos,
Que la sorpresa y el espanto helan,
Acércase tres veces al alcance
De su baston de mando, mientras, yerto

De terror, silenciosos permanecen.
 El prodigio en secreto se narraron:
 Velé con ellos la tercera noche;
 Cuando, á la hora misma que decían,
 En forma igual, conteste todo, vino
 La aparición. He visto á vuestro padre;
 Pues era igual, como lo son mis manos.

HÁMLET.

¿Mas dónde fué?

HORACIO.

Señor, en la explanada
 Donde la guardia hacemos.

HÁMLET.

¿Tú le hablaste?

HORACIO.

Sí, señor, mas respuesta de él no obtuve.
 Una vez, sin embargo, me parece
 Que elevó su cabeza y se dispuso
 Para hablar, mas el gallo matutino
 Recio cantó, y huyendo presuroso
 Desvaneciósse.

HÁMLET.

¡Maravilla grande!

HORACIO.

Señor, que es cierto, por mi honor os juro;
 É imprescindible obligacion juzgamos,
 Hacedroslo saber.

HÁMLET.

Sí, sí, señores;
 Pero me hace pensar. ¿Estais vosotros
 Esta noche de guardia?

MARCELO y BERNARDO.

Sí, estaremos.

HÁMLET.

¿Armado dices!

HORACIO.

Sí, señor, armado.

HÁMLET.

¿De punta en blanco?

MARCELO y BERNARDO.

Sí, de pié á cabeza.

HÁMLET.

No visteis, pues, su rostro.

HORACIO.

Sí, lo vimos:

¡Llevaba la visera levantada.

HÁMLET.

¿Y miraba con ceño?

HORACIO.

Su semblante
 Mas la pena indicaba que la ira.

HÁMLET.

¿Pálido ó encendido?

HORACIO.

Cual la cera.
 ¿Fijaba en vos los ojos?

HORACIO.

Sin moverlos.

HÁMLET.

¡Quién estuviera allí!

HORACIO.

Señor, de hijo

Os pasmárais de asombro.

HÁMLET.

No lo dudó,

No lo dudó. ¿Paróse mucho tiempo?

HORACIO.

Mientras con prisá regular se puede
Hasta un ciento contar.

MARCELO y BERNARDO.

No: más: más tiempo.

HORACIO.

No cuando yo lo ví.

HÁMLET.

Cana la barba,

¿No es verdad?

HORACIO.

Cual en vida la tenía;

Negra y de plata.

HÁMLET.

Velaré esta noche:

Otra vez quizás venga.

HORACIO.

De seguro.

HÁMLET.

Y si la forma de mi padre ostenta,
Le he de hablar, aunque abiertos los infernos
Lo quieran impedir. Suplico á todos,
Que, si oculto ha quedado este prodigio,
Permanezca en secreto todavía;
Y á cuanto ocurra en esta noche os ruego
Prestéis inteligencia, no palabras:
Yo os lo agradeceré: que Dios os guarde.
En la explanada, pues, entre once y doce.

TODOS.

Contad, señor, con la obediencia nuestra.

HÁMLET.

Con el cariño vuestro igual al mio.
Adios. *(Véase todos ménos Hámlét.)*

HÁMLET.

¡La sombra de mi padre armada!
Algo pasa, recelo una perdidá:
¡Pluguiera á Dios que ya de noche fuese?
¡Alma mia, serénate hasta entónces:
No hay crimen en el mundo que se oculte
Aunque la tierra todá lo sepulte!

ESCENA III.

Habitación en casa de Polonio.

(Entran LAERTES y OFELIA.)

LAERTES.

Mi equipaje está á bordo: adios, hermana.
Cuando el próspero viento linche las velas
Del convoy, no te duermas, que me escribas.

OFELIA.

¿Y tú lo dudas?

LAERTES.

Con respecto á Hámlet
Y á sus obsequios frívolos, no juzgues
Que eso tiene valor; es pasatiempo,
Violeta fuera de sazón, que crece
Bella pero fugaz; cortos instantes
Su dulce aroma y sus encantos duran;
No más.

OFELIA.

¿De veras, nada más?

LAERTES.

Aparta
Tus pensamientos de eso. La naciente
Naturaleza nuestra, no tan sólo
En tamaño y en fuerza ha de agrandarse;
Al ampliarse este templo, más espacio
Para el interno culto necesitan
El alma y la razón. Quizás te ame;
Ni astucias hoy ni manchas oscurecen
Su amante voluntad, más considera
Que coartará su voluntad, su estirpe;
Que obligado se vé por su nita cuna;
Que no puede cual gentes de otra clase
Hacer su gusto; porque de él dependen
El bien y la salud de sus Estados;
Y, así, su voluntad ha de doblarse
A la voz y al consejo de ese cuerpo,
Cuya cabeza es. Si amante dice,
Debes tener en cuenta hasta qué punto
Realizar pueda él lo que promete;
Y observa que ir más lejos no le es dado
Que á donde ordene Dinamarca entera.
Mira, pues, lo que pierdes de tu honra,
Si sus cantos de amor crúdula escuchas,
O te apasionas, ó el tesoro entregas
De tu virtud á sus ardientes ruegos.
Ofelia, teme; teme, hermana mía:
Resguarda tu cariño, no le atencen
Los peligrosos tiros del deseo.

Pródiga es la cautelosa virgen
Que aun á la luna su beldad descubre;
Ni á la virtud respeta la calumnia:
Roe el gusano las tempranas flores
Aun antes que sus pétalos se abran;
Y en la alborada de los tiernos años
La corrupción con su hábito iniciona.
Guardate, pues; que tu mejor defensa
Es tu propio temor; lucha consigo
La juventud, á falta de enemigo.

OFELIA.

Mi corazón tu plática excelente
Custodiara; pero, querido hermano,
No cual predicador inexorable
El áspero camino y espinoso
Me indiques de la gloria, recorriendo
Libre y alegre la florida senda
De la frivolidad, sin preocuparte
De tu propio consejo.

LAERTES.

No te apures
Por mí. Ya tarde; nuestro padre llega.
(Entra POLO.)
Doblada bendición es doble gracia;
Suerte es poder dos veces despedirse.

POLO.

¡Laertes! aquí aún; á bordo, á bordo:
¿Qué haces aquí? Ya el viento está en las velas
De tu buque, y á ti tan sólo aguardan.
Mi bendición recibo; y estos breves
Preceptos graba tiel en tu memoria.
Lengua no des jamás á las ideas,
Y no ejecutes pensamiento alguno
Sin meditarlo bien. Muéstrate afable,
Mas no vulgar. A quien tu amigo fuere,
Y su amistad acreditada tenga,
Con cadenas de acero al alma liga;
Mas no manches tu mazo con el roce
Del primer camarada advenedizo.
De las pendencias huye, mas procura
Que ya empeñadas, huya tu contrario.
A todos oye, mas con pocos habla:
Atiende á la censura y no censures.

Si puedes, sea tu vestir costoso;
Rico ha de ser, pero ostentoso nunca,
Porque el traje tal vez nos recomiende,
Y en Francia las personas de alta clase
Muy exigentes son en este punto.
Nunca pidas prestado y nunca prestes;
Que si prestas, el préstamo y amigo
Pierdas quizás; si vives de prestado
Malgastarás tu hacienda. Sobre todo
Contigo sé lento, y es bien seguro,
Cual lo es que la noche sigue al día,
Que nadie te podrá tachar de falso.
¡Adios: mi bendición te afirme en estos!

LAERTES.

De vos, señor, humilde me despido.

POLONIO.

Es tiempo; tus criados ya te esperan.

LAERTES.

Adios, Ofelia, de lo que antes dije
Ahora el recuerdo.

OFELIA.

En mi memoria
Lo encerraré: tú guardarás la lleve.

LAERTES.

Adios. (Váase.)

POLONIO.

Ofelia, di, ¿qué te decía?

OFELIA.

Señor, trataba de su alteza Hamlet.

POLONIO.

Me alegro, bien pensado.
Me han dicho que al presente te consagra

A menudo sus ocios; que tú misma
Eres muy liberal con tus audiencias:
Si es así, cual me dicen como aviso
Tan sólo, yo te digo que no entiendes
Cuanto atañe á mi hija y á tu honra.
¿Qué existe entre vosotros? Dilo todo.

OFELIA.

Señor, me ha prodigado en estos días
Ofertas de su amor.

POLONIO.

¡Bahl! De su amor! ¿cual ciega joven hablas
No avezada al peligro de estos lances,
¿Crees tú en eso que llamas sus ofertas?

OFELIA.

Apenas sé, señor, á qué atenerme.

POLONIO.

Pues yo te he de enseñar; júzgate niña
Que sus ofertas cual legal moneda
Toma, aunque falsas; véndete más cara;
O, por no usar de frases mal sonantes,
Me venderás á la irrisión del vulgo.

OFELIA.

Me habló siempre, señor, de modo honesto
De su amor.

POLONIO.

¿Modo dices? ¿anda, andal!

OFELIA.

Señor, y ha confirmado sus protestas
Con cuantos votos suministra el cielo.

POLONIO.

Si, trampas para pájaros; ya estamos.
Nuestra sangre al hervir, prodiga, votos

Presta el alma á la lengua. Tales llamas,
 Que más luz que calor, hija, difunden,
 Pero que entrambas cualidades pierden
 Apenas logran atraer, evita
 Tomar jamás por fuego. Por ahora
 Esquiva más tu virginal presencia;
 Y en más valor estima tus favores
 Del que implica acudir á tales citas.
 Y, con respecto á Hámlet, piensa solo
 Que es joven, y que á rienda suelta puede
 Correr, y tú jamás. En fin, no tomes
 En serio sus palabras; son terceras
 De distinto color del que revisten;
 Encubridoras que piadoso manto
 Gastan para engañar. Pero, en resumen,
 No quiero, claramente, que de hoy mismo
 Ofendas más los ojos de tu vida
 Con tus coloquios con su alteza Hámlet.
 Atiende á ello, te lo encargo. Basta.

OFELIA.

Señor, seré obediente. *(Vase)*

ESCENA IV.

La exclamando,

Entran HÁMLET, HORACIO y MARCELO.

HÁMLET.

Sutil el aire está: de veras frío.

HORACIO.

Aire que corta y aguerde.

HÁMLET.

¿Qué hora es esta?

HORACIO.

Ya van á dar las doce.

HÁMLET.

No: ya dieron.

HORACIO.

¿De veras? Nada of. Pues el instante
 Se acerca en que el fantasma se aparece.
(Se oyen trompetas y cañonazos dentro.)
 ¿Señor, qué es esto?

HÁMLET.

Que esta noche vela
 Divirtiéndose el Rey, y en la algazara
 Del festín, el novel y bullicioso
 Monarca ya tenerse en pie no puede;
 Y, á la par que del Rhin tragos apura,
 Clarines y timbales vociferan
 Las glorias de sus brindis.

HORACIO.

¿Es costumbre?

HÁMLET.

Sí tal; pero, yo juzgo, aunque nacido
 En esta tierra y á estos usos hecho,
 Que á tal costumbre más honor se haría
 Con su infracción que no con su observancia.
 Tan groseras orgías: un motivo
 Para que de Este á Oeste los extraños
 Nuestra conducta tachen y censuren:
 Ébrios nos llaman, y con torpes frases
 Mancillan nuestro honor; y en cierto modo,
 Por gloriosos que sean nuestros hechos,
 Manchan de nuestro ser la íntima esencia.
 Así en la vida de los hombres pasa.
 Si un vicio en ellos natural germina,
 Sea de nacimiento, del cual culpa
 Ninguno tiene, pues jamás se escoge;
 O por el predominio del carácter

Que traspasa del juicio las barreras;
O del hábito ya, que rudo chocan
Con aceptadas formas; tales gentes,
Cual digo, el sello de un defecto llevan,
Don de naturaleza ó suerte nacian;
Y, por grandes que sean sus virtudes,
Y cual la gracia misma su pureza,
Los tacharé la general censura
Por solo el vicio aquel: que leve liga
Al más noble metal acaso logra
Envilecer.

HORACIO.

Mirad, señor, ahí llega.
(Entra la sombra.)

HÁMLET.

¡Ángeles, nuncios de piedad, amparal
Génio del bien ó espíritu maldito,
Que las auras del cielo te acompañen,
Ó del infierno el hábito te cerquen,
Sanos ó torpes tus intentos sean,
Llegas á mí con tan extraña forma
Que hablarte debo yo: te nombro Hámlet,
Rey, Padre, Rey dinamarqués, responde.
No de ignorancia estalle; ¡por qué, dime,
Hay tus amortajados sacros huesos
Rasgaron el sudario, y el sepulcro
Donde te vimos reposar tranquilo,
Por qué, entrecabiendo su mármorea boca,
Te despidió de sí? ¿Qué significa
Que tú, difunto, en acerado traje
Como nocturno espanto te interpongas
A la luz de la luna, y á nosotros,
Escarnio de falsaz naturaleza,
Nos hagas palpitar con pensamientos
Que al alcance no están de nuestras almas
Dí, ¿por qué? ¿Para qué? ¿Qué hacer nos toca?

HORACIO.

Con su ademán que te sigais ó dice,
Cual si á solas hablaros pretendiera.

MARCELO.

Contemplad con cuán dulce acción reclama

Le sigais á lugar más retirado.
Mas con él no vayais.

HORACIO.

De ningun modo.

HÁMLET.

¿Hablar no quiere? Pues seguirle debo.

HORACIO.

No tal, señor.

HÁMLET.

¿Por qué temerle, dime?
Ni en un ápice estimo yo la vida;
Y en cuanto al alma, ¿qué le importa al alma
Si, en su esencia, inmortal tambien es ella?
Ahora otra vez me llama; tras él sigo.

HORACIO.

Tal vez os lleve al turbulento golfo,
O á la terrible cumbre del peñasco
Que se inclina hácia el mar sobre su base,
Y allí, tomando más horrida forma,
Quizás á la razon su imperio usurpe,
Y á la demencia os lleve: meditado
El sitio basta, sin mayor motivo,
Que á acciones de locura caprichosa
Induce el ver desde elevada peña
Del mar las olas que al batirla braman.

HÁMLET.

Aún me llama, adelante, que ya os sigo.

HORACIO.

No habeis de ir, señor.

HÁMLET.

Quitad las manos.

HORACIO.

Oid: no vais.

HÁMLET.

Mi suerte lo reclama,
Fuerzas dando á las fibras de mi cuerpo,
En león de Nemea convertido.
Aún me llama. ¡Soldadmo yn, señores!
Vive Dios, que en espectro transformado
Quedará quien intente sujetarme.
¡Soldad díjel Adelante, que ya os sigo.
(*Vanse la sombra y Hámlct.*)

HORACIO.

Con su imaginacion se vuelve loco.

MARCELO.

Sigámosle; no es justo obedecerle.

HORACIO.

Vamos, pues. ¿A qué fin esta conduce?

MARCELO.

¡Corroe la ponzoña á Dinamarca!

HORACIO.

¡Dios lo encaminará!

MARCELO.

Tras él partamos.

ESCENA V.

Otro sitio en la explanada.

HÁMLET.

¿Dónde vamos? hablad: no voy más lejos.

LA SOMBRA.

Atiéndeme.

HÁMLET.

Lo haré.

LA SOMBRA.

Ya se aproxima
La hora, en que es forzoso que retorne
A las sulfúreas llamas del tormento.

HÁMLET.

¡Sombra infeliz!

LA SOMBRA.

No; no me compadezcas:
Mas presta tu atencion á cuanto ahora
A revelarte voy.

HÁMLET.

Habladme; que obligado estoy á oiros.

LA SOMBRA.

Y ¡vengarte tambien, cuando me escuches.

HÁMLET.

¿Qué decís?

LA SOMBRA.

Soy el alma de tu padre.
 Por limitado tiempo condenada
 A nocturno vagar, á arder de día,
 Mientras no se acrisolen y se purguen
 Los horrendos delitos consumados
 Cuando en cuerpo habitaba. Si no fuese
 Porque no debo revelar secretos
 De mi condena, historia narraría
 Cuyo menor detalle te espantara
 Congelando la sangre de tus venas;
 Hiciera de sus órbitas tus ojos
 Cual dos astrós saltar; y desrizarse
 Viérase tu peinada cabellera,
 Separándose erguidos tus cabellos
 Cual de iracundo puerco-espín las puas.
 Mas tal revelación hacer no debo
 A oídos encarnados. ¡Oye, oye!
 Si acaso amaste á un padre cariñoso...

HÁMLET.

¡Eterno Dios!

LA SOMBRA.

Venga su vil infame asesinato.

HÁMLET.

¡Asesinato!

LA SOMBRA.

Es siempre vil asesinar; mas éste
 Fué doblemente vil, contra natura.

HÁMLET.

Enteradme: con alas más ligeras
 Que la razón ó amantes pensamientos
 Volaré á mi venganza.

LA SOMBRA.

¡Estás propicio!
 Y en verdad te animará menos vida

Que á la grosera yerba que se arruga
 Y medra en las orillas del Leteo
 Si esto no te moviese. Escucha, Hámlet:
 Han dicho que dormido en mis jardines,
 Me hirió un aspí, y toda Dinamarca
 Con el falso relato de mi muerte
 Fué engañada; mas sabe ¡oh noble jóven!
 Que la serpiente que mató á tu padre
 Hoy lleva su corona.

HÁMLET.

¡Oh alma mía

Profética! Mi tío.

LA SOMBRA.

Si tal; ese
 Incestuoso monstruo adulterino,
 Con hechizo ingenioso y torpes artes,—
 ¡Oh ingenio y artes viles que así logran
 Seducir!—á su amante inconsciencia
 Gano la voluntad de la que siempre
 Apareció cual reina virtuosa.
 ¡Degradación incomprensible, Hámlet!
 Robóme la á mi amor, cuya pureza
 A la par cambió del sacro voto
 Pronunciado en mis bodas, descendiendo
 De un malvado al nivel, tan pobre en dotes
 Conmigo comparado?
 Empero así cual la virtud resiste,
 Aunque en divina forma la torpeza
 La corteje, de igual manera el vicio,
 Aunque ligado á un ángel irradiante,
 En su celeste lecho recostado,
 Vivirá de impurezas.
 Pero ¡y el aire de la aurora siento!
 Seré breve. Turmiendo en mis jardines,—
 Mi constante costumbre por las tardes,—
 Tu tío en mi sagrado se introdujo,
 Con hechizada ampolla de beleno,
 Que vertió en mis oídos; de tal modo
 Es su influjo contrario á nuestra vida,
 Que cual azoite presuroso eunde
 Del cuerpo por canales y conductos,
 Torciendo de repente y coagulando,
 Como gotas de ácido la leche,
 Nuestra líquida sangre: así lo hizo:

Y herpética erupcion en el instante,
 Con lázarina y repugnante costra,
 Cubrió mi terso cuerpo.
 Durmiendo me privó fraterna mano,
 Cual ves, de vida, de corona y reina:
 En flor todas mis culpas, no dispuesto,
 Sin santos sacramentos, sin santolco,
 Impenitente ante mi juez llevado
 El alma mía de defectos llena.
 ¡Horrendo, horrendo, por demás horrendo!
 No lo toleres tú, si tienes brio;
 No el títano real de Dinamarca
 De incesto y de lujuria hecho sea.
 Pero, yendo á este fin cual te propongas,
 Ni manches tu razon, ni tu alma intente
 A tu madre dañar. Venga del cielo
 Su expiacion, y la punzen y la hieran
 Esas espinas que en su pecho escondo.
 Adios, que la luciérnaga ya anuncia,
 El alba y su luz débil se amortigua.
 ¡Adios, Hámlet, adios! Que me recuerdes.
(Vase.)

HÁMLET.

¡Oh cénit celestia! ¡Oh tierra! ¡Y basta?
 ¿Y no el infierno? ¡Horror! ¡Corazon mio,
 Calma, calma! Con fuerzas sostenedme,
 Nervios míos, no luego envejecéis!
 ¡Recordaros! Oh espíritu infelice,
 Mientras tenga un asiento mi memoria
 En mi agitado cráneo! ¡Recordaros?
 Si de la tabla de la mente mia
 Los dulces y los livianos recuerdos
 He de borrar: cuanto aprendi en los libros,
 Y formas é impresiones que grabaron
 Allí mi juventud y mi experiencia;
 Y tu mandato vitra tan solo
 Del libro del cerebro entre las hojas,
 Sin que na-ta lo infecte. ¡Sí, lo juro!
 ¡Oh mujer desastrosa!
 ¡Oh vil! ¡Oh vil! ¡Risueño vil infame!
 Lo apuntaré para que conste escrito.
 Con la sonrisa inmóvil en los labios
 Se puede ser un vil. - Estoy seguro
 Que así á lo ménos pasa en Dinamarca.
(Escribe.)
 Aquí, tío, ya estás; ahora me resta

Cumplir yo mi palabra, tal decía:
 •Adios, que me recuerdes. • Lo he jurado.

HORACIO Y MARCELO.

(Dentro.) Señor, señor.

MARCELO.

Altoza.

HORACIO.

¡Dios le ampare!

HÁMLET.

¡Así sen!

HORACIO.

¡Señor, hola! ¡Hé! ¡Hola!

HÁMLET.

V en, pajarito, ven! Venga el reclamo.
(Entran Horacio y Marcelo.)

MARCELO.

¡Qué tal, mi buen señor?

HORACIO.

¿Señor, qué ocurre?

HÁMLET.

¡Extraordinario!

HORACIO.

Contadlo. Mi señor querido,

HÁMLET.

No, que á repetirlo vais.

HORACIO,

Por el cielo lo juro.

MARCELO,

Yo igualmente.

HÁMLET,

¿Y ahora qué direis? ¿Qué pecho humano
Lo entenderá? ¿Mas guardareis secreto?

MARCELO Y HORACIO,

Lo juramos, señor.

HÁMLET,

En Dinamarca
No hay vil ninguno que trisbon no sea.

HORACIO,

Señor, no hace gran falta que las sombras
Para dar nueva tal, dejen sus tumbas.

HÁMLET,

Verdad; tienes razon; y, por lo mismo,
Y sin más ceremonias, considero
Que es justo despedirnos y marcharnos;
Vototrés á atender á los negocios,
O á los caprichos vuestros, pues sin duda
Todos tienen negocios y caprichos.
En cuanto á mi, qué soy tan pobre cosa,
Mirad: voy á rezar.

HORACIO,

Intempestivas,
Y vagas son, señor, esas palabras.

HÁMLET,

Pues en el almuerzo yo ofenderte;
De veras, en el almuz.

HORACIO.

No hay ofensa,

Señor.

HÁMLET.

Horacio, sí, por Dios, te ofendo,
Y mucho. Con respecto á ese fantasma,
Que es espectro honradísimo aseguro;
Pero en cuanto á saber lo que nos liga,
Averigúadlo vos. Y en tanto, amigos,
Que amigos sois discretos, y soldados,
Concededme un favor.

HORACIO Y MARCELO.

Sí; ¿qué queréis?

HÁMLET.

No divulgueis lo visto en esta noche.

MARCELO Y HORACIO.

Nada, señor, diremos.

HÁMLET.

Más juradlo.

HORACIO,

Juro, señor, que no.

MARCELO.

También lo juro.

HÁMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ya, señor, juramos.

HÁMLET.

Sobre mi espada ahora, jurad.

LA SOMBRA.

(Bajo tierra.)

Jurad.

HÁMLET.

¡Hola, mozo! ¿Tal dices? ¿Ahí te encuentras?
Venid, que allí en el sótano está ese.
(Mudan de sitio.)
¿Consentís?

HORACIO.

Proponed el juramento.

HÁMLET.

No hablar jamás de lo que visto habeis
Sobre mi espada ahora jurad.

LA SOMBRA.

Jurad.

HÁMLET.

¿Hic et ubique? Pues mudemos sitio.
Seguidme, caballeros:
(Mudan de sitio.)
Las manos extendid sobre mi espada,
Y de no hablar de lo que visto habeis,
Sobre mi espada ahora jurad.

LA SOMBRA.

Jurad.

HÁMLET.

¡Bien dicho, topol! ¡Diligente! ¡escarbas!

¡Buen zapador! Cambiemos nuevamente
De sitio, amigos míos.
(Mudan de sitio.)

HORACIO.

¡Oh cielos; cuán extraño es todo esto!

HÁMLET.

Pues, por extraño, bien venido sea.
En cielo y tierra existe más, Horacio,
Que sueña tu especial filosofía.
Pero venid;
Aquí, cual ántes, por el alma vuestra,
Aunque os parezca mi conducta extraña
Y extravagante,—pues quizás estime
Aparecer de hoy más escarfulario,—
Nunca, alzando los brazos de esta suerte,
Ni meneando así vuestra cabeza,
Ni pronunciando enmascaradas frases,
Cual «se sabe,» «si hablar me fuera dado,»
«Si decirlo quisiera,» «hay quien lo entiende,»
¡Otra ambigüedad, dareis juicio
Que algo de mí sabéis: aseguradme
Que no hareis tal; y así en feliz momento
La gracia y el perdón pueda alcanzaros:
Jurad,

LA SOMBRA.

Jurad. (Jurad.)

HÁMLET.

Descansa ya, descansa,
¡Oh espíritu intranquilol! Y bien, señores.
En vosotros confía mi cariño;
Y lo que pueda hacer hombre tan pobre
Cual Hámet es para mostrar cual debe
Su amistad y cariño hácia vosotros.
No faltará, si quiere Dios. Entremos:
Y siempre vuestros dedos en los labios.
Desquiciado está el mundo; ¡cuerte horrenda,
Haber nacido yo para su enmienda!
Basta, juntos entremos.